

JUAN PABLO II A LOS RELIGIOSOS

En esta nueva "guía de lectura", ofrecemos una información resumida del magisterio del Papa Juan Pablo II, durante los meses de abril, mayo y junio de 1984. Está organizada en torno a los siguientes temas:

- La alegría de entregarse al Señor.
- Contemplación, servicio y amor.
- Llamada profética y escatológica.
- Vocaciones.
- Formación permanente.

Completamos las citas textuales con una lista de las homilías, discursos y alocuciones del Santo Padre a los religiosos, que han sido publicadas en este trimestre en el "*Osservatore Romano*".

• LA ALEGRÍA DE ENTREGARSE AL SEÑOR

"Santa Rosa y Santa Jacinta, y ciertamente cada alma que quiere de verdad seguir a Cristo, sobre todo si se trata de vida consagrada, nos enseñan con su ejemplo lo que yo definiría "*gozosa seriedad*" del compromiso que se asume ante Dios cuando se responde a su llamada; gozo, por la conciencia de haber sido objeto de amor especial inmerecidamente; seriedad, por saber que este llamamiento compromete concretamente *el sentido total de nuestra existencia*.

La vocación cristiana y bautismal, y más aún la religiosa que es un desarrollo de aquélla, afectan lo íntimo de nuestro ser ante Dios. ... Esto supone la capacidad de poner nuestra existencia en relación con lo absoluto, lo eterno, es decir, en definitiva, con Dios; con otras palabras supone capacidad de descubrir a fondo la imagen de Dios que hay en nosotros, o mejor, que nosotros somos. Y solamente acogiendo con especial actitud de escucha la "centella" del eterno que hay en nuestro espíritu —el llamamiento divino— superando lo caduco y contingente, podremos tomar la decisión definitiva sobre el sentido de nuestra existencia, decisión que es acto de confianza en la ayuda divina, y a la vez, señal de verdadera madurez humana. En este vincularse a Dios para siempre, después de un tiempo de verificación prudente, se entiende, alcanzamos *la verdadera libertad* y realización completa de nuestra personalidad, en sentido humano antes que cristiano. Pues "humanidad madura significa —como dije en mi Encíclica *Redemptor hominis*— pleno uso del don de la libertad"... Y este don encuentra su plena realización en la donación sin reservas de toda la persona humana concreta, en espíritu de amor nupcial a Cristo, "y a través de El a toda la humanidad". (*Osservatore Roma-*

no N° 23, del 3 de junio de 1984).

“El hombre hace el descubrimiento del nuevo sentido de la propia humanidad, no solo para “seguir” a Cristo, sino en tanto en cuanto lo sigue. Cuando el hombre “vende lo que posee” y “lo da a los pobres” entonces descubre que aquellos bienes y aquellas comodidades que poseía, no eran el tesoro junto al cual permanecer; *el tesoro está en su corazón*, hecho por Cristo capaz de “dar” a los demás, dándose a sí mismo. Rico no es aquél que posee sino aquél que da, aquél que es capaz de dar..... Este tesoro es indestructible. Pasa junto con el hombre a la dimensión de la eternidad, pertenece a la escatología divina del hombre. Gracias a este tesoro el hombre tiene su futuro definitivo en Dios. Cristo dice “tendrás un tesoro en el cielo”. Este tesoro no es tanto “un premio” después de la muerte por las obras realizadas según el ejemplo del divino Maestro, cuanto más bien el *cumplimiento escatológico* de lo que se escondía detrás de estas obras, ya aquí en la tierra, en el *tesoro interior del corazón*. En efecto, el mismo Cristo, invitando en el discurso de la montaña a acumular tesoros en el cielo, añadió: “Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”. Estas palabras indican el carácter escatológico de la vocación cristiana, y, más aún el carácter escatológico de la vocación que se realiza en el ámbito de las bodas espirituales con Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos.” (*Redemptionis donum*, 2; *Osservatore Romano* N° 14, del 1 de abril, 1984).

“... En la presencia del Redentor se alegran y gozan porque fueron considerados” dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús” (*Hch* 5,14).

La verdad de las bienaventuranzas se revela asimismo en el sacerdocio y en la vida religiosa, pues son una encarnación particular de las bienaventuranzas. Como sacerdotes y religiosos testimoniáis *lo que significa ser bendecidos por Dios*. En vuestro celibato o vida consagrada, asumidos por amor a Cristo, manifestáis vuestra confianza en sus palabras: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. Con vuestra pobreza evangélica, vivida en generoso servicio a los otros, proclamáis una vez más la primera bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”. Y así por caminos muy diferentes, individualmente y unidos a otros, intentáis encarnar las bienaventuranzas, vivir una vida que ofrezca una prueba convincente de que las bienaventuranzas son realmente verdaderas, que son el camino seguro hacia la santidad” (*Osservatore Romano* N° 20,13 de mayo de 1984).

• CONTEMPLACION, SERVICIO Y AMOR

“Jesús dijo: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto” (*Jn* 12,24). La vida religiosa es, como el martirio, una invitación especial de Dios a llegar a ser ese grano de trigo, a confiar en que ese morir *en Cristo*, produce fruto abundante y conduce a la vida eterna. Cuando os esforzáis por aceptar con alegría las luchas cotidianas de la vida y las dificultades inherentes al trabajo humano y a las relaciones sociales, confiad que la cruz, si es asumida por amor a Cristo, es siempre un árbol de vida nueva. *El gran carisma* de la vida religiosa es el amor generoso —amor generoso a Cristo y a los miembros de su Cuerpo—. Ese amor se ex-

presa en el servicio y se consume en el sacrificio. Vuestra disposición para la entrega será proporcional a vuestro amor, y cuando el amor es perfecto, el sacrificio es completo.” (*Osservatore Romano* N° 20, 13 de mayo de 1984).

“En Santa Rosa vemos un ejemplo de esta adhesión generosa y total a la llamada divina. Si bien fue breve su existencia, la heroica convicción con que acogió en su vida la Palabra de Dios, nos lleva a captar el grado de intensidad con que vivió su fidelidad incondicional a Dios. Es admirable en esta joven, la profesión pública de su fe, actitud que denota en ella entrega al bien común de la sociedad y de la Iglesia, que es uno de los elementos esenciales del amor cristiano al prójimo, y se funda, como sabemos en la escucha y práctica de la voluntad divina.

... Y en Santa Jacinta vemos sobre todo un ejemplo de cómo la fidelidad al Absoluto divino, propia de la consagración religiosa, exija siempre la ayuda mutua que deben prestarse el momento de la contemplación y el de la acción, elementos ambos de un *único* movimiento que es camino hacia el Reino de Dios y progreso en la santidad. Jamás caigáis en la tentación de separar y contraponer estos dos momentos, por el contrario, empeñaos continuamente en unirlos estrechamente en vuestro pensamiento y en la práctica de la vida, a la vez que hacéis la debida distinción entre ambos. El ejemplo de Santa Jacinta es una invitación a todas vosotras, queridas hermanas monjas y religiosas, a profundizar en los lazos espirituales que relacionan vuestras vocaciones respectivas dentro de una fidelidad absoluta al carisma específico que os ha dado el Señor. Un intercambio más intenso entre vosotras realizado con este espíritu, no podrá menos de perfeccionar vuestro camino religioso y dar mayor fecundidad a vuestro servicio a los hermanos. Los monasterios comprenderán mejor su inserción en el tejido social y eclesial en que viven, y por consiguiente responderán mejor a las expectativas espirituales de los hermanos, de acuerdo con sus deberes específicos. Las comunidades de vida activa, por su parte, entenderán mejor que el secreto de la verdadera eficacia apostólica y misionera, se encuentra en la capacidad de reservar a lo largo del día un espacio adecuado al coloquio íntimo y filial con el Señor” (*Osservatore Romano* N° 23, 3 de junio de 1984).

“El carisma de vuestra orden, surgido del robusto árbol que plantó Francisco de Asís, se caracteriza por la práctica fervorosa de la oración, juntamente con esa “perfecta alegría” (*St* 1,2) que no viene del mundo sino de una profunda comunión contemplativa con Jesús crucificado y resucitado.

Si el camino de estos últimos años os ha llevado a una actividad apostólica quizá demasiado intensa y de dispersión, es hora de revisar vuestras opciones al respecto; dad mayor tiempo, corazón y mente a Dios, enseñad con la vida a los hermanos que Dios tiene derechos sacrosantos en la existencia del hombre, y que no puede ser relegado al último lugar de la casa, al último momento de la jornada. La búsqueda de la intimidad con el Señor debe ser el incansable empeño de vuestros días” (*Osservatore Romano* N° 16, del 15 de abril de 1984).

• LLAMADA PROFETICA Y ESCATOLOGICA

"Millones de vuestros hermanos en Corea, incluyendo innumerables no cristianos, os hablan a vosotros con las palabras dirigidas un día al apóstol Felipe en Jerusalén: "Queremos ver a Jesús" (Jn 12,21). Sí hermanos y hermanas mías, tenéis que mostrar a Jesús a vuestro pueblo, tenéis que compartir a Jesús con vuestro pueblo: el Jesús que oraba, el Jesús de las bienaventuranzas, el Jesús que en vosotros quiere ser obediente y pobre, manso, humilde y misericordioso, puro, pacífico, paciente y justo. Este es el Jesús a quien representáis, el Hijo eterno del Padre que se encarnó en el seno de la Virgen María y que desea ser visible en vosotros. El Jesús del misterio pascual que, por el poder de su Espíritu y la cooperación de su Iglesia, ansía llevar a toda la humanidad hacia el Padre. Este es el reto solemne de vuestras vidas: mostrar a Jesús al mundo, compartir a Jesús con el mundo" (*Osservatore Romano* N° 20,13 de mayo de 1984).

"Al responder personal y libremente a Jesús de Nazareth, el Redentor del mundo, habéis aceptado renunciar a un programa de vida centrado en el "tener", para lanzaros por los senderos angostos y espléndidos del "ser". Deseo fuertemente, y así lo pido al Señor, que cada uno y cada una descubra el esplendor y actualidad de su profesión religiosa. En su humilde realización diaria *puede y debe ser profética*, en el sentido que puede y debe mostrar a los hombres y mujeres de este tiempo, lo que de verdad construye a la persona humana, a través de la búsqueda, discernimiento, adquisición y desarrollo de convicciones y maneras de ser que trasciendan las variaciones del tiempo y de las costumbres. Vuestra vocación, como la vocación cristiana, pero a nivel más decisivo, es *escatológica*. Debería contribuir a sacar al mundo del enredo de los bienes de consumo y de un cierto número de contra-valores. Sí, el mundo contemporáneo, y más en particular los jóvenes, deberían descubrir, a través de vuestras comunidades y su estilo de vida, el valor de una vida pobre al servicio de los pobres, el valor de una vida comprometida libremente en el celibato para consagrarse a Cristo y, con El, amar muy especialmente a los nomados; el valor de una vida en que la obediencia y la comunidad fraterna contesten con discreción los excesos de una independencia muchas veces caprichosa y estéril. "Que este testimonio esté presente por doquier y sea universalmente perceptible. Que el hombre de nuestro tiempo, espiritualmente cansado, encuentre en él apoyo y esperanza. Que el mundo actual... pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados... sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradie el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, *la alegría de Cristo*." (*Redemptionis donum* 16, citando la *Evangelii nuntiandii*, 30).

... Y vosotros, queridos religiosos y religiosas dedicados a la vida contemplativa, sacad de la Eucaristía y de las otras formas de oración comunitaria o individual acostumbradas en vuestros monasterios, el secreto de vuestra irradiación silenciosa entre los que van a hacer retiro u os visitan sencillamente. El secreto de vuestra alegría esté en haberlo dejado todo por el Señor y en cumplir vuestra misión espiritual en nombre de la Iglesia, a favor de una humanidad que se deja acaparar por tareas absorbentes y por el espejismo de los bienes terrenos". (*Osservatore Romano* N° 26 del 24 de junio de 1984).

• VOCACIONES

“La celebración de la Jornada mundial quiere ser ante todo una llamada urgente a comprender el valor del mandato de Jesús: “Rogad pues al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies”. No es una simple invitación, por el contrario, es una orden que desafía nuestra fe e interpela nuestra conciencia de bautizados. A nadie se le oculta que la oración, en sus múltiples formas, debe considerarse como el primero e insustituible servicio que podemos ofrecer a la gran causa de las vocaciones. Ante la enorme necesidad de sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, miembros de institutos seculares y misioneros, debe surgir una gran respuesta de oración. Por eso os invito a todos vosotros, esparcidos por todo el mundo, a orar mucho, a orar continuamente por esta causa, que afecta de una manera muy vital a los intereses del Reino de Dios..... En la oración constante y universal, particularmente centrada en la Eucaristía, fuente del sacerdocio ministerial y de todas las vocaciones, radica la esperanza de la Iglesia y de la humanidad. Cristo ha empeñado su palabra y no nos negará cuanto El mismo nos ha mandado pedir.

... Indudablemente la insistencia sobre la oración querida por Jesús, no puede significar inercia ni evasión de nuestras restantes responsabilidades ¡Al contrario! Es voluntad del Señor que a la oración, bien entendida y vivida, se una nuestra acción y colaboración. El mismo Jesús no solo ora y manda orar, sino que a la vez llama a los Apóstoles y a los discípulos, cuida su formación y los envía a anunciar el Evangelio.

... Mi palabra se dirige ahora a vosotros, que colaboráis con los obispos en esta delicada misión: presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, miembros de institutos seculares, misioneros, animadores y responsables de las vocaciones. Sé cuán grande es la aportación que dais con vuestro gozoso testimonio y vuestra acción apostólica, avalada por la oración constante. En esta circunstancia deseo haceros una recomendación que salí de lo más profundo de mi alma: *anunciad con valentía* a Cristo que llama; efectivamente, El continúa llamando hoy como ayer y se sirve de nosotros para hacer oír sus llamadas. Anunciadlo por tanto en las comunidades cristianas, anunciado con fuerza sobre todo a los jóvenes. En muchas regiones crece una juventud nueva, abierta a la oración y a la búsqueda de Dios, deseosa de participar en la vida de la Iglesia y de la sociedad. *No defraudéis sus aspiraciones.* ¡Sed mensajeros de la voluntad de Dios y llamad con decisión! ... Quien ha percibido la llamada de Jesús y la estima como la mayor riqueza de su vida, debe sentir la necesidad de comunicar su descubrimiento a los demás. Es lo que hizo el apóstol Andrés, llevando a Jesús a su hermano Pedro (*Jn 1,41*). Queridísimos seminaristas y todos los que os preparáis a la vida consagrada, ¡irradiad los ideales que mueven vuestra existencia y sed entre los jóvenes los primeros animadores de vocaciones!” (*Osservatore Romano* N° 19, del 6 de mayo de 1984).

“Vuestras congregaciones y comunidades están preocupadas, lo sé, por la escasez de candidatos a la vida religiosa. Esta constatación objetiva, explicable en parte por razones de orden socio-cultural y también de orden religioso, no es una fatalidad y sobre todo, no debe desalentaros. Es posible la renovación y con la ayuda del Señor sois capaces de realizar todo esfuerzo por llevarla a cabo. Precisamente los consejos de S. Pablo a los Efesios son para vo-

sotros una invitación apremiante a dejaros convencer de que la vitalidad nueva de vuestro institutos implica, entre otras cosas y necesariamente, *la renovación de la vida comunitaria...* Para irradiar la comunidad religiosa debe ser visible y viva, compuesta por un número suficiente de personas que sean complementarias en sus dones y funciones; importa asimismo que se caracterice por un gran espíritu de participación humilde y auténtica a la vez en la búsqueda del Señor, con los gozos y sufrimientos apostólicos y razonablemente abierta a iniciativas oportunas.... *La juventud contemporánea no está cerrada al llamamiento evangélico*, como se afirma con demasiada facilidad. Claro está que puede encaminarse espontáneamente a institutos nuevos, de todos modos se siente igualmente atraída por las congregaciones antiguas que le presentan un rostro vivo y siguen fieles a exigencias radicales presentadas con sensatez. La prueba de ello se ha hecho ya durante largo tiempo: basta consultar la historia de la Iglesia. Las adaptaciones son a veces necesarias, pero las que nacen de la relajación o llevan a ella no pueden de ninguna manera atraer a los jóvenes, pues éstos tienen en el fondo de sí mismos capacidades de entrega radical, aunque algunas aparezcan vacilantes o bloqueadas.

... La vida comunitaria no puede mantenerse ni progresar sin renuncia de sí, sin humildad. Y de este modo da sus frutos que son purificación de la sensibilidad, creciente maduración de las personas, realización auténtica de las cualidades humanas y espirituales. En un mundo dividido, donde triunfan muchas veces intereses particulares, egoísmos individuales y colectivos y menosprecio de la persona y de sus derechos, el testimonio de comunidades religiosas verdaderas reunidas por el Espíritu Santo y que viven una fraternidad real, da credibilidad al Evangelio y constituye un signo poderoso de esperanza para el mundo". (*Osservatore Romano* N° 26 del 24 de junio de 1984).

• LA FORMACION PERMANENTE

“Sé que vuestra Orden ha tratado, en estos últimos tiempos, de afrontar seriamente los aspectos de este problema. Clara prueba de estos son, a nivel legislativo, las normas presentes en vuestras constituciones de 1982, y, a nivel práctico, el organismo central creado para aplicar tales normas. En todo esto no puedo dejar de aprobaros y animaros.

Y en el marco de este programa vosotros, ministros provinciales, habéis querido reunirlos durante dos meses completos para un curso de formación permanente, esto es, para un período más intenso de oración, de reflexión y de estudio. Habéis querido imitar así de algún modo a Jesús que, “bajo la acción del Espíritu Santo fue al desierto donde permaneció cuarenta días” (*Lc 4,1-2*) y se retiraba frecuentemente a orar; y habéis querido imitar también a san Francisco, que pasaba largos y frecuentes períodos de retiro —especialmente la Cuaresma— en la Verna y en otros lugares solitarios. Habéis sentido la necesidad de una renovación espiritual y de una profundización cultural, siendo así también ejemplo y estímulo para vuestros hermanos. La formación permanente se ha venido haciendo cada vez más urgente y necesaria en nuestros días, a causa de los continuos y múltiples cambios de nuestra época, tanto en el campo civil como en el más estrictamente religioso, cambios que provocan “un proceso tal de aceleración de la historia, que apenas es posible al hombre seguirla” (*Gaudium et spes*, 5). Los hombres se sitúan ante valores

nuevos o, en todo caso, ante nuevos modos de sentir los valores. Todo esto exige un espíritu, al mismo tiempo, más cercano a Dios y más cercano a los hombres, un espíritu atento a la "voz del Espíritu" que habla en lo íntimo de las conciencias como a través de los "signos de los tiempos". Es necesaria, pues, una vida espiritual más profundamente vivida y una preparación cultural que hagan capaces —a la luz del Evangelio y de la enseñanza de la Iglesia— de responder plenamente a vuestra vocación e interpretar rectamente el mundo contemporáneo.

En una de mis Cartas a los sacerdotes de la Iglesia, después de haber recordado dos principios fundamentales, esto es, el de la necesidad de la conversión de cada día y el de la necesidad de la oración "sine intermissione", decía: "La oración debemos unirla a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la formación permanente". Esto significa que "si nuestra actividad pastoral, el anuncio de la Palabra y el conjunto de nuestro ministerio dependen de nuestra vida interior, ella debe encontrar igualmente su apoyo en el estudio continuo... Este proceso de formación intelectual debe durar toda la vida... Como maestros de la verdad y de la moral, tenemos que dar cuenta a los hombres de modo convincente y eficaz, de la esperanza que nos vivifica. Y esto forma parte también del proceso de conversión diaria al amor a través de la verdad" (*Novo incipiente*, ib.). Esta doctrina de la Iglesia se pone de relieve en vuestras constituciones renovadas y se encuentra también en el nuevo Código de Derecho Canónico, dos documentos que ciertamente estimáis y estudiáis con empeño". (*Osservatore Romano* N° 16, del 15 de abril de 1984).

*
* *
*

LISTA DE LAS HOMILIAS, DISCURSOS Y ALOCUCIONES DEL PAPA EN EL TRIMESTRE ABRIL-JUNIO 1984

- Alocución a los Ministros y Consejeros provinciales de los Padres Capuchinos de Italia. (1 de marzo). (En el *Osservatore Romano* N° 16, del 15 de abril).
- Discurso al Capítulo General de los Salesianos.
- Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones. (IV domingo de Pascua). (*Osservatore Romano* N° 19, del 6 de mayo).
- Homilía durante la celebración de la Palabra con el clero y los religiosos en el Palacio de deportes de la universidad de "Sogang", de Seúl, sábado 5 de mayo. (*Osservatore Romano* N° 20, del 13 de mayo).
- Homilía durante la celebración de la Palabra con los sacerdotes, religiosos y laicos en la catedral de Port Moresby, martes 8 de mayo. (*Osservatore Romano* N° 21 del 20 de mayo).
- Alocución a las religiosas, en el santuario de S. Rosa, de Viterbo.
- Alocución a los sacerdotes y religiosas en el Santuario de la Virgen de la Encina. (*Osservatore Romano* N° 23, del 3 de junio).

- Discurso a las religiosas Benedictinas Oblatas de Santa Francisca Romana. (*Osservatore Romano* N° 24, del 10 de junio).
- Discurso a los religiosos y religiosas en la iglesia de los franciscanos, en Friburgo. (*Osservatore Romano* N° 26, del 24 de junio).

*
* * *

En el *Osservatore Romano* N° 14, del 1° de abril, fue publicada la Exhortación Apostólica "*Redemptionis Donum*" de Juan Pablo II a los religiosos y religiosas, sobre su consagración a la luz del misterio de la Redención.

JULIO — SETIEMBRE 1984

El misterio de Dios.

María de Nazareth, nuestro modelo.

Ofrenda total de sí mismo en la vida religiosa.

● EL MISTERIO DE DIOS

"Como hombres y mujeres de fe, creemos que Dios está presente en su creación, que es el Señor de la historia, quien dirige los tiempos y las estaciones, que está cerca de todos los que le invocan: los pobres y los deprimidos, los apenados y los solitarios, los débiles y los oprimidos. Creemos que Dios irrumpe en el silencio, y aun en el ruido de nuestras vidas diarias, revelándonos su verdad y su amor. Quiere disipar nuestro miedo y reforzar nuestra esperanza en su misericordia salvadora.

Dios habla personalmente al corazón de cada individuo, pero opera también a través de la comunidad del pueblo que ha predestinado a ser suyo. Lo vemos primero en la historia del pueblo judío. Por medio de Abraham, nuestro padre en la fe, por medio de Isaac y Jacob, y especialmente por medio de Moisés, Dios llamó a un pueblo que le perteneciera de manera particular. Entró en una alianza con ellos, diciendo: "Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo". (*Jr* 31,33). Cuando los suyos pecaban y seguían sus propios caminos, olvidando al Dios que los salva, El, en su amor indefectible, intervenía en sus vidas por medio de los Profetas. Llamaba al pueblo al arrepentimiento y prometía establecer con ellos una nueva y mejor alianza. Describía así esta alianza nueva: "Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón... Todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes..., porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados" (*Jr* 31, 33-34).

¿Y cómo estableció Dios esta alianza? ¿Cómo escribió su ley en los corazones de sus elegidos? Con la sangre de Jesús, la sangre del Cordero de Dios, la sangre de la alianza nueva y eterna, la sangre de nuestro Salvador, que es el precio de nuestra redención y la expresión más elocuente posible del amor de Dios por

el mundo". (*Osservatore Romano* n° 40 del 20 de setiembre de 1984).

"Nos reunimos de nuevo esta mañana en el santuario de Nuestra Señora de Einsiedeln para la alabanza divina. Saludo de corazón a los fieles custodios de este lugar de gracia, los hijos de san Benito y toda su comunidad monacal; saludo a los que han acudido hoy en peregrinación a este lugar, así como a todos los que, unidos a nosotros, siguen esta liturgia en sus casas con sus familias.

Acabamos de cantar el primer salmo: "Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco; mi alma tiene sed de ti... Anso verte en el santuario para contemplar tu fuerza y tu gloria..." (*Sal* 63,2.3). La voz de este Salmo es nuestra voz: "Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco...". En el corazón de cada hombre está plantado este anhelo, aun cuando a veces se halle oculto: el anhelo de una plenitud de vida que nos haga felices de una vez para siempre; el anhelo de Dios. Si no hay nada que apague esa voz interior, escucharemos a nuestro corazón que pide a gritos esa experiencia de Dios. A nuestros labios afloran continuamente las palabras del salmista: "Oh Dios, tú eres mi Dios... mi alma tiene sed de ti...". Buscamos una felicidad que sólo se puede encontrar en El.

Ahora bien, no es posible tener experiencia de Dios como se tiene de las cosas de la naturaleza. Por ello, con el salmista, ansiamos verlo en su "santuario". Solo podemos encontrar a Dios en la fe. En la lectura de hoy, Isafas habla de su propia experiencia personal de Dios. El profeta contempla de forma misteriosa al Dios santo y escucha el canto de alabanza: "Santo, santo, santo es el Señor" (*Is* 6,3). Como hombre, tiene experiencia del Dios santo y terrible y, al mismo tiempo, de su propio pecado: "¡Ay de mí!". La experiencia de la cercanía de Dios es para el hombre una experiencia fronteriza. Pero el profeta recibe inmediatamente la palabra de perdón: "Tú culpa ha sido borrada". La cercanía del Dios santo es una cercanía amorosa y santificadora. ¡Qué feliz experiencia: Cuando Dios llama a su cercanía, santifica!

... Queridos hermanos y hermanas: ¡Preocupaos de las cosas del Señor! ¡Ansiedad ver al Dios Santo! La misión del profeta Isafas a los hombres se halla enraizada en la experiencia personal del Dios tres veces Santo. De este modo se capacita para escuchar la voz del Señor. Percibe la pregunta sobre su disponibilidad para el ministerio profético. Y otorga su consentimiento a la misión que viene de arriba: "Heme aquí, envíame" (*Is* 6,8). Y entonces recibe la misión: "Ve y di a ese pueblo: Oid..." El profeta es incondicionalmente aceptado por Dios en el servicio. A partir de entonces se sitúa indivisiblemente del lado de Dios, pero continuará siendo solidario con su pueblo, al cual él es enviado. También María tuvo el privilegio de experimentar la cercanía del Señor: "El Señor está contigo". Recibió la promesa de la gracia, antes de que se le preguntara si estaba dispuesta a aceptar la misión extraordinaria de ser la Madre del Mesías. A dicha pregunta responde ella con un sí sin reservas a su colaboración en la obra salvífica de Dios: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra". Actúa conscientemente, pero no pone condiciones. Está dispuesta para el servicio, porque sabe que el Dios Santo está cerca. Con paciencia hace la "peregrinación de la fe", hasta el momento de la cruz de su Hijo. En ese peregrinar suyo se mantiene completamente solidaria con nosotros: como madre y hermana compasiva". (*Osservatore Romano* n° 28, del 8 de julio de 1984).

“El sitio que pisas es terreno sagrado” (Ex 3,5). Estas palabras que oyó Moisés venían de la zarza ardiente. Estaba pastoreando el rebaño y se acercó a la montaña de Dios, el Horeb. La zarza ardía y no se consumía. Entonces Moisés se preguntó: ¿Qué significa este fuego que no destruye la zarza y brilla y alumbraba a la vez? La respuesta le vino del centro del prodigio, una respuesta más que humana: “Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado”.

¿Por qué es sagrado este sitio? Porque es el lugar de la presencia de Dios. El lugar de la revelación de Dios, de la teofanía. Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”. (Ex 3,6). Moisés se cubrió la cara: temía dirigir la mirada al fuego donde se revelaba el Dios vivo.

Hermanos y hermanas de Canadá: ¿Qué hay de vuestro encuentro con el Dios vivo? A veces el mundo de hoy parece que os lo quiere ocultar, hacer que lo olvidéis. Este desierto espiritual aparente contrasta con tiempos todavía recientes en que la presencia de Dios era manifiesta en la vida social y en múltiples instituciones religiosas. Y oís decir: ¿Dónde está tu Dios? (Sal 42,4). Y, sin embargo, el corazón humano no se acostumbra a la ausencia de Dios. Sufre al vivir alejado de Dios, como los compatriotas de Moisés. Pero Dios no está jamás lejano de cada uno de nosotros (Hch 17,27). Está misteriosamente presente, como el fuego que no podemos asir, como la brisa ligera que pasa invisible (1 R 19, 12-13). Nos hace señas. Nos llama por el nombre para confiarnos una misión. Y en vano se intenta reemplazar a Dios. Nada podría colmar el vacío de su ausencia. Ni la abundancia material, ni la vida fácil y permisiva, que no satisface nuestra sed de felicidad; ni la mera búsqueda del éxito o el poder por sí mismos, ni la potencia técnica que permite cambiar el mundo, pero no da respuesta auténtica al misterio mismo de nuestro destino. Todo esto puede seducir por algún momento, pero deja un gusto de espejismo y el corazón vacío, si uno se aleja de la zarza ardiente. Entonces aparece como en el fondo el hambre de lo espiritual, el atractivo de lo Absoluto, la sed del Dios vivo. Paradójicamente, el tiempo de la “ausencia de Dios”, puede convertirse en tiempo de “redescubrimiento” de Dios, al igual que el acercamiento al Horeb. Sí, Dios sigue haciéndonos señas a través de nuestra historia personal y de la historia de nuestro mundo, como a Moisés a través de los sufrimientos de su pueblo. ¿Quién no ha experimentado un día u otro estas experiencias de luz y de paz? ¡Dios ha entrado en mi vida! Experiencia improvisada o fruto de lentas maduraciones. Las ocasiones en que esta presencia misteriosa nos interroga, son múltiples... tantos acontecimientos que nos alumbran el camino hacia Dios, tantos acontecimientos que nos abren la puerta sobre Dios. Pero la revelación en sí viene de Dios, del corazón de la zarza ardiente. Su Palabra leída y meditada en la oración, la historia santa del Pueblo de Dios son las que nos hacen descifrar el significado de estos signos, reconocer el nombre y la faz del Dios vivo y descubrir que El trasciende toda experiencia, toda creatura. Como decía una de vuestras poetisas, nuestro Dios es “como el manantial más hondo de las aguas más profundas” (Anne Hebert, “Présence” en Gants du ciel) Dios se revela a Moisés para confiarle una misión. Debe sacar a Israel de la esclavitud de los faraones de Egipto. Moisés experimenta la presencia de Dios. Sabe quién es el Dios de sus padres; pero ante la misión que recibe, pregunta: “Si ellos me preguntan cómo se llama este Dios ¿qué

les respondo?" La cuestión del nombre es la fundamental. Moisés plantea la cuestión de la esencia de Dios, de lo que constituye su realidad absolutamente única. "Soy el que soy" es la respuesta. La esencia de Dios consiste en ser. Existir. Todo lo que existe, todo el cosmos tiene en El su origen. Todo existe porque Dios da la existencia. Un día, santa Catalina de Siena —siguiendo las huellas de Santo Tomás de Aquino—, guiada siempre por la misma sabiduría adquirida en la teofanía de que Moisés fue testigo, dijo a Dios: "Tú eres el que es, yo soy la que no soy".

Entre el "yo soy" de Dios y el "yo soy" del hombre —como también de toda criatura— existe la misma relación: Dios es el que es; la criatura, el hombre es el que no es... está llamado al ser desde la nada. De Dios recibimos "la vida, el movimiento y la existencia" (*Hch* 17,28).

Hoy queremos dar gloria al que es en esta gran ciudad de Montreal. Queremos darle gloria con toda la creación, nosotros que existimos sólo porque El es. Existimos y pasamos, mientras sólo El no pasa. Sólo El es la misma Existencia. Por esto decimos con el Salmo de la liturgia de este día: "Es grande el Señor y muy digno de alabanza... dad gloria a su nombre... adorad al Señor..." (*Sal* 95/96, 4-9), como lo adoró Moisés cuando "se cubrió la cara, temeroso de ver a Dios" (*Ex* 3,6).

¡Postraos, hombres de hoy! Conocéis los misterios de la creación mucho mejor que Moisés. ¿No os hablan aún más de Dios?

¡Postraos! ¡Releed hasta el fondo el testimonio de las criaturas!" (*Osservatore Romano* N° 39 del 23 de setiembre, 1984).

"La presencia de Dios tiene su encarnación plena en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios que se hizo Hijo de María y derramó su sangre por nosotros en la cruz. Jesús es Emmanuel, Dios con nosotros, el Verbo hecho carne, la revelación del eterno Padre. Ante este gran misterio de la presencia de Dios, nos detenemos con temor y reverencia, y nuestros corazones y nuestras voces ansían prorrumpir en cánticos e himnos de alabanza. Y esto es sin duda lo que conviene, porque el primer deber de un pueblo redimido es alabar a su Señor y Salvador. Por eso me siento tan feliz de unirme a Uds. esta noche en este culto vespertino de alabanza. ¡Qué bueno es unir nuestras voces, como hermanos y hermanas en Cristo, en "salmos, himnos y cánticos espirituales"! (*Col* 3,16).

El Salmo 103, que estamos recitando juntos esta noche, nos muestra una persona, cuyo ser está todo él repleto de la alabanza a Dios: "¡Bendice alma mía a Yahvé, / y bendiga todo mi ser su santo nombre! / ¡Bendice alma mía a Yahvé / y no olvides ninguno de sus favores!" (vv. 1-2).

"No olvides ninguno de sus favores": un corazón repleto de alabanza nunca olvida los numerosos favores de Dios. Porque la oración de alabanza implica un acto de recuerdo con agradecimiento, rememorando todos los modos en que Dios ha mostrado su amor salvífico. Y así el Salmista declara: "El perdona todas tus faltas / y sana todas tus dolencias; / El rescata tu vida del sepulcro / y te corona de piedad y de misericordia; / El sacia de bienes tus deseos, / renueva tu juventud como la del águila" (vv. 3-5).

La oración de alabanza brota de una convicción humilde de nuestra indignidad y de nuestra total dependencia de Dios, combinada con una confianza infantil en la abundante misericordia de Dios. Así, entonces el Salmista continúa: "Cuan benigno es un padre para sus hijos, / tan compasivo es Dios para los que le temen, / pues El conoce de qué hemos sido hechos, / se acuerda de que no somos más que polvo" (vv. 13-14).

Alabar al Señor es también proclamar los múltiples atributos de Dios, ensalzar las cualidades de este Dios grande y santo que ha concluido una alianza con su pueblo. Por eso, el Salmista dice: "Es Yahvé misericordioso y benigno, / tardo a la ira y muy benevolente... / su justicia para los hijos de los hijos, para los que guardan su alianza" (vv. 8, 17-18).

Al vivir en la presencia de Dios, los cristianos prorrumpen en aclamación y alabanza, manifestando gratitud por el don de la fe y por todos los actos salvíficos del Señor. Pero también debemos volvernos a Dios con oraciones de petición, suplicando al Señor que nos dé refugio y salvación de las fuerzas del mal, perdón de nuestras culpas y remedio de nuestras vidas heridas, fuerza para sobrellevar el peso de la existencia y gracia para cumplir su voluntad. A menudo la oración de petición debe ser hecha con un sentido de urgencia y de recurso suplicante. Y así, el hombre, en el Salmo 141, grita: "¡Oh Yahvé! A ti clamo: apresúrate a socorrerme, / oye la voz del que te invoca ... / mis ojos se vuelven a tí, Yahvé; / a ti me acojo, no me rechaces" (vv. 1-8).

La plegaria de petición brota de una humilde convicción de la inmensa necesidad que uno tiene de la gracia de Dios, y de una profunda confianza en la poderosa misericordia de Dios. Así, va acompañada por una actitud de adoración. Nos arrodillamos, al menos en espíritu, ante la tremenda presencia del Dios Altísimo, y pronunciamos palabras semejantes a las del Salmista que suplica: "Séate mi oración como incienso en tu presencia, y el alzar a tí mis manos como oblación vespertina" (*Sal 141,2*). (*Osservatore Romano* N° 40 del 30 de setiembre, 1984).

• MARIA DE NAZARET, NUESTRO MODELO

"Esta mañana, lo mismo que el Salmista, también nosotros queremos ver juntos a Dios en el santuario de María. Aún más que el profeta Isafas, María vivió lo que significa poder experimentar la cercanía de Dios. María es la Virgen cuyo corazón no está manchado; Ella se ocupa únicamente de las cosas del Señor y quiere complacerle sólo a El en sus acciones y en su pensamiento (cf. *1 Co 7, 32-34*). Sin embargo, también Ella siente al propio tiempo el santo temor de Dios y "se turba" ante las palabras del mensajero divino. A esta Virgen la eligió y la santificó Dios para hacerla morada de su Palabra eterna.

María, la noble Hija de Sión, experimentó como ningún otro la cercanía de la "fuerza y la gloria de Dios". Llena de gozo y gratitud pronuncia el Magnificat: "Engrandece mi alma al Señor... El Poderoso ha hecho obras grandes por mí. Su nombre es santo". Pero María tenía al mismo tiempo una profunda conciencia de su condición de criatura: "Ha mirado la humillación de su esclava

va". Sabe que todas las generaciones la llamarán bienaventurada (cf. *Lc* 1, 46-49); pero, saliendo de sí, señala el camino hacia Jesús: "Haced lo que El os diga" (*Jn* 2,5). Se ocupa de las cosas del Señor. Con una disponibilidad cada vez más exigente hacia su Dios, María recorrió la "peregrinación de la fe" (*Lumen gentium*, 58). La Virgen de Nazaret se enfrentó a la acción incomprensible de Dios con los ojos de la fe. Lucas acentúa por dos veces que Ella conservaba "en su corazón" lo que le había ocurrido (*Lc* 2, 19,51). Esa fe será ensalzada: "Dichosa la que ha creído..." (*Lc* 1,45)." (*Osservatore Romano* N° 28 del 8 de julio, 1984).

María es "la Mujer", abrazada en el alma y en el cuerpo por *el misterio del Dios viviente*: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia, mirando hacia su futuro, medita en él a la luz de María Asunta, partiendo del propio pasado. La "Mujer vestida de sol" del Apocalipsis de Juan es al mismo tiempo la Mujer que después del pecado del hombre fue introducida en el centro mismo de la lucha contra el Espíritu de las tinieblas.

Habla de ello el libro del Génesis. Recordemos las palabras de Dios-Yahvé dirigidas al Tentador: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer" (*Gn* 3,15). Y el Apocalipsis lo confirma: "El dragón estaba enfrente de la mujer que iba a dar a luz dispuesto a tragarse el niño en cuanto naciera" (12,4).

Nos encontramos en el punto central de las luchas que se desarrollan, en la tierra desde el comienzo de la historia del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 13). La serpiente del libro del Génesis, el dragón del Apocalipsis es el mismo Espíritu de las tinieblas, el Príncipe de la mentira, que, rechazando a Dios y todo lo que es divino, se ha convertido en la "negación" encarnada.

La historia del hombre, la historia del mundo se desarrolla bajo la presión incesante de esta negación originaria de Dios llevada adelante por Satanás, negación del Creador por parte de la creatura. Desde el comienzo y desde el momento de la tentación de los primeros padres, y luego durante todas las generaciones de los hijos e hijas de la tierra, él trata de introducir su "no serviré" en el alma del hombre.

En la mentalidad contemporánea, la tentación de rechazar a Dios y todo lo que es divino se asoma de forma particularmente aguda. El Espíritu de la mentira trata de hacer creer a los hombres de nuestra época que son "como dioses", por encima del bien y del mal ("conociendo el bien y el mal" *Gn* 3,5); que el pecado no existe; mientras que la realidad del pecado y del mal insidiosa, como no lo había hecho nunca antes, al hombre dando pruebas de sí con amenazas de dimensión jamás conocida.

Ante todo esto, la Iglesia mira a la "Mujer" como a un Signo grande, porque Ella no cedió nunca al Espíritu de la mentira. Ella, precisamente Ella que fue siempre la Esclava del Señor, en Nazaret, en Belén, al pie de la Cruz, en la Asunción; precisamente Ella tiene el poder materno de guiar al hombre, en el Espíritu de Verdad, a través de esta época de mentira en la que vive. El Espíritu de Verdad, en la historia de la humanidad, es fruto de la cruz y de la resurrección de Cristo.

La Iglesia mira, pues, a la "Mujer", María. En Ella ve su primer modelo. Ella misma desea ser virgen, dedicada completamente a su Redentor. Desea ser

también madre, que engendra hijos en el Hijo Unigénito; en Aquel que María hizo nacer como el "Hijo del Hombre".

Al servicio materno de María debemos que en la historia de la humanidad amenazada por el programa de negación haya entrado decisivamente la fuerza de la Redención. El Hijo de María "arrebatao hacia Dios y hacia su trono" (Ap 12,5) renovó, de una vez para siempre, lo que es el eterno designio de Dios con relación a lo creado: la salvación del hombre y del mundo.

La primera entre los salvados es la Madre del Salvador. Hoy la Iglesia aguza la mirada de la fe, para mirar allí "donde Dios le había preparado un refugio" (Ap 12,6).

En la Asunción de María se confirma el designio divino de la salvación del hombre y del mundo. Se confirma en el cielo, como da testimonio de ello el Apocalipsis de Juan: "Ya llega la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías" (Ap 12,10).

En María la Iglesia medita, una vez más, en *todo el misterio de Cristo*: desde el comienzo de la historia hasta su fin. Mira el pasado y el presente en las dimensiones de este misterio. En él se abre al futuro: la dimensión definitiva del hombre y del mundo, así como la forma definitiva de la vida de la Iglesia. La Iglesia medita su pasado y el presente en la perspectiva del futuro. He aquí que "se abrieron las puertas del templo celeste de Dios y dentro de él se vio el arca de la alianza... apareció una figura portentosa en el cielo" (Ap 11,19-12,1).

¿Qué significa este Signo? ¿Qué significa la "mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas"? (Ap 12,1). Significa precisamente el futuro del mundo y del hombre en el Dios Viviente: en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Significa "el reino de nuestro Dios y el mando de su Mesías".

¡Significa: la salvación, la negación de Dios superada por la salvación de Dios!
¡En el misterio de su Asunción, María es el signo de este futuro!" (*Osservatore Romano* N° 35 del 26 de agosto, 1984).

• LA OFRENDA TOTAL DE SI MISMO EN LA VIDA RELIGIOSA

"Queridos hermanos y hermanas, que mediante la profesión de los consejos evangélicos habéis hecho una alianza privilegiada con Cristo, Redentor del hombre y del mundo, tenéis que ser fieles en la invocación a Dios, fieles a la oración, como condición para perseverar en la vocación a la que El os ha llamado.

La oración es la fuerza de los débiles. Dice el Apóstol Pablo: "y asimismo, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; más el mismo espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables" (cf. *Rm* 8,26). La oración nos permite en cierto sentido ponernos en las dimensiones de Dios, inserirnos de forma humilde pero valiente en el corazón mismo de Dios, en su designio. Rezar es reconocer que Cristo ha resucitado y merece dedicación incondicional.

Ahora bien, si para vuestro estado de vida es evidente el primado de la contemplación, que brotando de vuestra regla y sostenida por ella, acrecienta el amor a Cristo, es también evidente que este amor constituye un bien especial para toda la Iglesia. El pueblo de Dios es consciente de que, con el amor que Cristo recibe de las personas consagradas, el amor de todo el Cuerpo queda orientado de modo especial hacia el Esposo.

Os expreso la gratitud de la Iglesia por la consagración y la profesión de los consejos evangélicos que son un testimonio típico del amor, testimonio a través del cual se hace visible de forma especial la entera verdad redentora del Evangelio. Os exhorto, pues, a participar en el apostolado de la Iglesia según el carisma específico de la orden o de la congregación en la que vivís. Expreso, por ello el deseo de que estéis siempre abiertos a la vida pastoral de la Iglesia local, de forma que, atentos a los signos de los tiempos, os encontréis siempre disponibles para responder a las necesidades de los pobres, con el fin de llevar el anuncio de Cristo a quien tiene mayor necesidad de signos concretos de la esperanza salvífica del Redentor. Diversos son los modos con los que, mediante el apostolado, podéis y debéis manifestar vuestro amor a la Iglesia y al mundo. Sin embargo, lo importante es que, tanto en la contemplación fecunda para el anuncio de Cristo, como en la acción directamente apostólica, seáis prueba viviente de que “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo. Pues el que en esto sirve a Cristo es grato a Dios y acepto a los hombres” (cf. *Rm* 17-19). El mundo tiene necesidad del auténtico testimonio de la consagración religiosa como levadura incesante de renovación salvífica.

Para concluir, quiero recordaros que la finalidad de la vida religiosa es la de honrar y glorificar a la Santísima Trinidad y, mediante vuestra consagración, ayudar a la humanidad a alcanzar la plenitud de vida en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo”. (*Osservatore Romano* N° 34 del 19 de agosto 1984).

“En este Cuerpo místico de Cristo, vosotras, muy amadas hermanas, tenéis una parte especial, privilegiada. Pero este privilegio cuesta, este privilegio va unido al sacrificio, al sacrificio de vuestra vida, totalmente dedicada al Señor sin reservas. Es éste un privilegio especial de cada una de vosotras, una doble vocación con la que la Iglesia puede seguir viviendo el don de la redención. Recordaréis que con estas palabras *Redemptionis donum* encabecé una Carta especial dirigida a todos los religiosos de la Iglesia en el Año Santo de la Redención.

En vuestras oraciones, en vuestros corazones, en vuestras manos —yo diría— lleváis la suerte y los destinos de la Iglesia y del mundo entero”. (*Osservatore Romano* N° 37 del 9 de setiembre 1984).

“Santa Teresa del Niño Jesús, Patrona de las misiones, cautiva de amor en el Carmelo de Lisieux, habría querido recorrer todo el mundo para plantar por doquier la cruz de Cristo. “Quisiera ser misionera, —escribe—, no solo algunos años; quisiera haberlo sido desde la creación del mundo hasta la consumación de los siglos” (*Historia de un alma*. Manuscrito B. f. 3 r). Y concretó el carácter universal y apostólico de sus deseos con el sufrimiento pedido a Dios y en el precioso ofrecimiento de sí misma como víctima voluntaria del Amor misericordioso. Sufrimiento que alcanzó su cenit y a la vez el más alto grado de

fecundidad apostólica en el martirio del espíritu, en las tribulaciones de la oscuridad de la fe, ofrecidos heroicamente para hacer llegar la luz de la fe a tantos hermanos sumergidos todavía en las tinieblas". (*Osservatore Romano* N° 33 del 12 de agosto 1984).

"Esta nueva beatificación de una religiosa canadiense nos recuerda que Canadá se ha beneficiado abundantemente de la aportación de muchas comunidades religiosas en todos los sectores de la vida eclesial y social: oración contemplativa, educación, atención a los pobres, cuidados hospitalarios y apostolados de todo tipo. Es una gracia grande. Y si hoy en día los servicios son tal vez distintos y evolucionan de acuerdo con las necesidades, la vocación religiosa sigue siendo un don maravilloso de Dios, un testimonio sin igual, un carisma profético esencial en la Iglesia, no sólo por los valiosísimos servicios desempeñados por las religiosas, sino sobre todo por significar la gratuidad del amor en la entrega nupcial a Cristo en una consagración total a su obra redentora (cf. mi Carta *Redemptoris donum*). Y me permito dirigir esta pregunta a todos los cristianos aquí reunidos: ¿Sabe siempre apreciar esta gracia el pueblo canadiense? ¿Ayuda a las religiosas a descubrir y fortalecer su vocación? Y vosotras, queridas religiosas, ¿medís la grandeza del llamamiento de Dios y el estilo de vida radicalmente evangélico que corresponde a este don?

Hoy, en este libro vivo de los santos y beatos de la Iglesia que mora hace siglos en tierras canadienses, incluyo un nombre nuevo, sor Marie Léonie Paradis. Esta mujer de vuestra tierra, humilde entre los humildes, se alinea hoy entre los que Dios ha elevado a la gloria, y me da alegría que esta beatificación sea la primera que tiene lugar en Canadá, su país.

Nacida de padres humildes, pobres y virtuosos, captó pronto la belleza de la vida religiosa y se sumó por medio de los votos a las religiosas marianitas de la Santa Cruz. Jamás puso en cuestión esta entrega a Dios, ni siquiera entre las pruebas de la vida comunitaria en Nueva York e Indiana. Y cuando se la designó para prestar servicio en un colegio de Memramcook, Acadia, su vida de religiosa era tan irradiante que espontáneamente se congregó junto a ella un grupo de chicas que querían también consagrar la vida a Dios. Con ellas y gracias a la comprensión de Mons. Laroque, obispo de Sherbrooke, fundó la congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia, floreciente y muy apreciada siempre.

Sin dudar jamás de su llamamiento, pedía con frecuencia: "Señor muéstrame tus caminos", para conocer la forma concreta en que debía servir a la Iglesia. Descubrió y propuso a sus hijas espirituales un compromiso especial, el de servir en centros de educación, en seminarios y en casas de sacerdotes. No temía las diversas formas de trabajo manual, que es la tarea de muchas personas hoy en día y fue honra de la Sagrada Familia y de la vida misma de Jesús en Nazaret. En ello precisamente vio la voluntad de Dios para su vida. Realizando estas tareas encontró a Dios. En los sacrificios inherentes a este trabajo y ofrecidos por amor, experimentó alegría y paz profundas. Sabía que se unía a la actitud fundamental de Cristo "venido no para ser servido sino para servir". Estaba invadida plenamente por la grandeza de la Eucaristía y por la grandeza del sacerdocio al servicio de la Eucaristía; es éste uno de los secretos de sus motivaciones espirituales.

Sí, Dios ha puesto los ojos en la santidad de su humilde sierva Marie Léonie que se inspiró en la disponibilidad de María. Y en adelante su congregación y la Iglesia la proclamarán de edad en edad bienaventurada" (cf. *Lc* 1, 4-8). (*Osservatore Romano* N° 39 del 23 de setiembre 1984).

*
* *

LISTA DE LAS HOMILIAS, DISCURSOS Y ALOCUCIONES DEL PAPA EN EL TRIMESTRE JULIO-SETIEMBRE 1984

- Homilía durante la Misa celebrada en el Colegio Internacional de san Lorenzo de Brindis, de los Hermanos menores Capuchinos, el domingo 24 de junio. (En el *Osservatore Romano* N° 27, del 1 de julio de 1984).
- Homilía durante el rezo de Laudes, en la abadía de Einsiedeln viernes 15 de junio. (En el *Osservatore Romano* N° 28, del 8 de julio de 1984).
- Carta del Papa a los Cartujos, en el IX centenario de la fundación de la Orden. (En el *Osservatore Romano* N° 30, del 22 de julio de 1984).
- Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en la Catedral de Fano. (En el *Osservatore Romano* N° 34, del 19 de agosto de 1984).
- Discurso del Papa a los Canónigos regulares confederados (En el *Osservatore Romano* N° 36, del 2 de septiembre de 1984).
- Alocución a las religiosas de clausura de Alatri. (En el *Osservatore Romano* N° 37 del 9 de septiembre).
- Alocución a las religiosas contemplativas en el Santuario de Nuestra Señora del Cabo. (En el *Osservatore Romano* N° 38, del 16 de septiembre de 1984).
- Homilía durante la Misa de beatificación de sor Marie Léonie en el Parque Jarry (Canadá), 11 de septiembre. (En el *Osservatore Romano* N° 39, del 23 de septiembre).

Ruta Interbalnearia, Km 27 1/2
El Pinar — Uruguay

Isabel MUNETTI, osb